



## *Una entrega a todo riesgo: mártires del Congo<sup>1</sup>*

*Nieves Campión, O.P.*

El testimonio de vida de unas vidas dedicadas al servicio, es la forma más rica y expresiva de transmitir un mensaje que interese y evangelice. Las palabras solas pueden olvidarse pronto y no calar en la persona, sino quedar en la superficie. Queremos presentar el testimonio de hermanas que nos precedieron, tres navarras y una leonesa, que dieron su vida hasta la muerte, y que junto a otros misioneros y misioneras sembraron y dejaron sus «vidas entregadas en anonimato, pequeños testimonios que componen el cuadro de grandeza de la santidad misionera. Siguieron a Jesús, sembrando semillas de amor, servicio, fraternidad y “entrega a todo riesgo”. Recrear sus vidas es volver a leerlas a la luz del tiempo nuevo que ellas contribuyeron a crear, para animarnos en nuestro camino de lucha que hoy todavía recorremos con los pueblos donde trabajamos, poniendo el esfuerzo en la misma causa: el Reino y la fraternidad.

*“La mejor forma de llorar por un amigo es continuar cultivando su campo”*

Mons. Mee Muzhirwa (Asesinado en Bukavu el 29-10-96)

Escribo estas líneas como homenaje a las hermanas de África, no sólo a nuestras mártires, sino también a todas aquellas que sufrieron indeciblemente en los sucesos de 1964 y no murieron. Mi admiración por todas ellas, por la sencillez y parquedad con que siempre han evocado aquella terrible etapa de su vida como si la prisión, la tortura y la posibilidad de la muerte fueran algo común de lo que no mereciera la pena hablar.

Creo que asimismo vivieron M<sup>a</sup> Justa, M<sup>a</sup> del Buen Consejo, M<sup>a</sup> Cándida y M<sup>a</sup> Olimpia, como no dando importancia a la decisión de permanecer en la Misión, conscientes del peligro que corrían. Cuatro mujeres, cristianas, misioneras, dominicas y enfermeras, a cargo de la misión de Stanleyville. Recuerdo con cariño también a todas las que hoy siguen “cultivando su campo”.

Unos meses antes de su muerte escribe María Justa (49 años) a su madre: “*Todo lo que me pasa, todo lo que me pueda pasar, lo ofrezco a Dios por los negros a los que cuido, por todos los negros. No te preocupes, madre, pues soy feliz*”. En otra carta “*Di al doctor que las misioneras dominicas españolas le enviamos un gran abrazo y, que no volveremos a vernos nunca en la tierra*”. Días después sería apresada, torturada y muerta junto con sus hermanas de comunidad y otros misioneros y misioneras.

Alguien ha dicho que el martirio pertenece a la profundidad de relaciones entre personas, a la fidelidad a los demás, al diálogo humano, y ésta me parece una explicación profunda de la decisión de nuestras hermanas. Invitadas a salir, cuando aún podían hacerlo, sintieron sin duda la vinculación fraternal que les unía a las personas que estaban a su cuidado, a aquel pueblo en concreto, personas que formaban parte de su vida. Su fidelidad se vistió de rostros y nombres y decidieron quedarse, esto les costó la propia vida.

Hoy queremos recuperar su memoria, volver a reflexionar sobre el sentido de sus vidas y sus muertes. Es cierto que su testimonio ha estado siempre presente como exigencia de compromiso que, según Monseñor Munzihirwa, “es la mejor forma de llorar”.

En este siglo que ahora termina muchos otros misioneros y misioneras han corrido su misma suerte en diversas partes del mundo. Esas muertes que nos golpean, nos escandalizan y nos duelen son como un iceberg bajo el cual hallamos la gran masa de martirizados secularmente, víctimas de guerras que nunca provocaron, muertes anónimas por amor a los cuales nuestros/as mártires dieron y dan su vida.

Su muerte ciertamente nos dice la verdad sobre lo que fue su vida, entregada día a día a nuestros hermanos africanos, muriendo poco a poco en el desvelo de su trabajo de enfermería. Días y noches luchando por la vida de los demás, comprometidas desde el fondo de tal manera que no quisieron abandonar su misión. Sus vidas mismas fueron testimonio, martirio, en la medida en que se desvivieron por el prójimo, no buscando su propio interés, sino el de los demás. *Murieron así porque habían vivido así.*

## ***¿Por qué las mataron?***

Al retomar el contexto socio-político de ese momento histórico, recordamos las fuerzas que intervienen en él: un elemento fundamental que es la transición lenta y forzada de un país colonizado hacia su propia independencia: las posiciones políticas e ideológicas que se mueven a nivel internacional y los intereses económicos. Bélgica, como otras potencias coloniales, no tenía la menor intención de deshacerse de una “propiedad” que le traía grandes beneficios. La declaración de la Independencia no supuso la salida del poder colonial. Para los congoleños la dominación siempre había sido blanca y belga. Al menos aquella de la que tenían memoria y quizá más belga que blanca. Las hermanas no eran belgas, pero trabajaban en las misiones que los belgas habían abandonado. Su identidad española hizo que en alguna ocasión se les perdonara la vida: “Son españolas, déjenlas, han venido a ayudarnos”. Pero no eran tiempos para constatar identidades, para todos eran tiempos de vida o muerte.

El mal histórico de la opresión de unos hombres sobre otros estaba allí. Había crecido allí, lo distorsionaba todo hasta el punto de confundir a los secularmente oprimidos acerca de quiénes eran sus amigos. Los religiosos no eran sino avanzadilla de los intereses “burgueses” coloniales. La religión había que abolirla, es además una religión extranjera. Los intereses rusos y chinos van también en esta línea. El mundo, dividido en “buenos y malos”; dos proyectos socio-económico-políticos diferentes intentando alinear sus filas el mayor número posible de países y África espacialmente codiciada por ambos bandos.

Creo que pensar seriamente por qué las mataron nos lleva a esta conclusión: distorsión de las razones de su presencia, manipulación de una población frustrada permanentemente, tratada con violencia que responde con la violencia. Esto no significa justificar los hechos, de ninguna manera; fue terrible. Pero tampoco podemos negar qué es lo que se jugaba allí y en qué encrucijada de intereses se vieron envueltas. Los hechos que ocurrieron, brutales sin duda, expresaban la gran frustración ante la libertad soñada, prometida y que no era más que un sueño acariciado que se escapa al despertar.

Nadie puede negar que la mayoría del pueblo quería a las hermanas. Las supervivientes dan testimonio de ello. Verlas regresar a la Misión, después de haber sido detenidas una y otra vez, era motivo de regocijo para todos. La gente acudía a la casa con sencillos presentes: frutas, gallinas, etc. Como para hacerles olvidar el mal trato sufrido: “*si ustedes se van nadie cuidará de nosotros*”.

Este mismo testimonio lo encontramos en las comunicaciones de las hermanas de Stanleyville: “*Nos sentimos queridas*”. Nadie paga por su trabajo, pero no dejan de llegar los pequeños obsequios.

No fue pues una animosidad directa contra ellas, probablemente contra ninguno de los misioneros. Su muerte fue consecuencia de una coyuntura histórica caótica, confusa. Probablemente si hubieran tenido oportunidad de defender “su causa” ante los grandes de uno y otro lado, ante aquellos que tenían el poder de decidir sobre el destino de los pueblos y que jugaron con su futuro, les hubieran hablado de su perplejidad ante una guerra injusta cuyas consecuencias pagaban como siempre los más pobres, los inocentes siempre engañados en sus aspiraciones, siempre frustrados en sus esperanzas. El corazón fraterno no entiende la guerra, menos aún si contempla sus efectos desde la orilla opuesta al poder, pero ellos no les hubieran entendido, era otra lógica.

Los que materialmente las mataron, los que dispararon, no tenían nada personal contra ellas; defendían lo que creían sus intereses de los intereses ajenos. *Las hermanas se dieron perfecta cuenta de lo que se jugaban, es esta guerra y arriesgaron sus vidas*. Esto nos lleva a reflexionar un poco sobre el sentido de su muerte, nos lleva a la segunda pregunta: ¿Por qué murieron ellas? ¿Cuál fue la razón tan poderosa que les impulsó a apostar y a perder la vida? ¿Por qué creyeron que valía la pena quedarse y quizá morir?

## ***¿Por qué murieron?***

Preguntarse por qué murieron es preguntarse qué es lo que para ellas fue tan valioso que mereciera la pena entregarle la vida. ¿Qué causa les parecía lo suficientemente válida que justificara quedarse? Quizá una de las razones aunque remota haya que encontrarla en el mismo talante con el que se accedía a la vida religiosa y misionera. Aquellos tiempos en los que ellas profesaron eran tiempos de decisiones moralizantes y definitivas. Morir en la Misión, de una u otra forma, era algo asumido implícitamente.

Era ***una entrega a todo riesgo*** y quemando todas las naves. Las misioneras que salieron de nuestros noviciados en aquellas épocas sabían que probablemente nunca regresarían a la patria y aceptaban todos los desafíos que implica la inserción en zonas pauperizadas, selváticas y desérticas, los riesgos que conlleva la vida entre los pobres, amenazados siempre por todas las violencias.

Vivir en pobreza, castidad y obediencia, “hasta la muerte”, tal como se decía en la fórmula de la profesión perpetua, no era algo que se dijera livianamente, significaba *pasión por el Reino, opción por los hermanos más pobres, obediencia al proyecto de Dios sobre este mundo*, y colocadas de ese lado no pensaban en volver atrás.

Esto da paso a la razón más profunda: el seguimiento de Jesús. “*He despreciado el reino del mundo y todo ornato de este siglo por amor a Nuestro Señor Jesucristo a quien vi, a quien conocí, de quien me enamoré, en quien puse mi confianza, a quien quise con ternura.*” Son palabras de M<sup>a</sup> Cándida (29 años), pero que fueron subrayadas por todas con su propia vida. Una exigencia y una urgencia honesta y presente. Antes de salir para la misión escribe María del Buen Consejo (27 años): “*La misionera, más que nadie, ha de ser santa y yo estoy tan lejos de esto que tengo miedo de hacer mal a los otros en lugar de bien*”. Sencilla, cercana, tomándose en serio la vida, se entregó hasta el final: “*no quiero ser santa de garabato*”.

Tomarse en serio el Evangelio, el seguimiento de Jesús, es asumir, entre otras cosas, que tal vez en algún momento me toque hacer realidad el precio del Amor, que acaso deba asumir el dar la vida por los hermanos. La muerte martirial, como la cruz, nunca se busca por ella misma, viene por sí sola cuando se vive en la dinámica diaria de la fidelidad a Dios y al prójimo.

La misma muerte martirial de Jesús se inscribe en este horizonte. Él no buscó la muerte pero tampoco huyó de ella. Las razones de su condena hay que buscarlas también en el plano político-religioso de su época. Las autoridades religiosas temían perder su status, su administración de la religión y los beneficios que ella les devengaba. Ellos supieron manipular la decisión política de Pilatos, quien temía que la autoridad del César fuera puesta en cuestión ante un pueblo belicoso que aceptaba de mal grado las leyes del Imperio y con ello debilitaban su propia autoridad. A Jesús lo mataron por todo eso, pero Él murió porque su experiencia de Dios como Padre y el anuncio del Reino le movían a poner en entredicho una práctica de fe, la de los fariseos, que esclavizaba a sus hijos. Su predicación removía cimientos antiguos, edificios construidos sobre arena, privilegios adquiridos que distorsionaban la Ley. De algún modo tuvo que aceptar la alternativa de renegar de su fe o aceptar su muerte. Optó por lo último.

Para nuestras hermanas estaba también en juego su fe, su praxis cristiana. ¿Cómo anunciar que Dios está con los pobres y darles la espalda cuando llega el conflicto? Permanecer allí significaba afirmar con vida y muerte, si era necesario, de qué lado se encontraban. Esta fue su respuesta: “*Nuestro camino es el de Dios, y si hemos de morir, moriremos, pero no podemos abandonar la misión*”. ¿Qué significa esta frase? Tal vez significaba que habían descubierto que el camino de Dios pasaba, en aquella encrucijada de intereses, por el desamparo de los pobres, de los enfermos en su caso concreto, de aquellos que pagaban las consecuencias de algo que no habían provocado. *No quisieron salirse de ese camino*.

Los pobres de Stanleyville estaban sin poder huir a ninguna parte, sin un país refugio para ellos, golpeados por unos y otros. Si amar es vivir a fondo la compasión, para ellas resultó cierto sufrir la misma pasión de muchos de los africanos. **Compadecer** es vivir en tal cercanía con los demás que me involucro solidariamente en sus dolores y problemas. La descripción del juicio final en Mateo 25 está en clave humana y no doctrinal. Los situados a la derecha del Padre son aquellos que rubricaron su fe con acciones a favor de los hermanos.

Su propia vida estaba ya convertida en testimonio (martirio) de la persona de Jesús, del sentido de su vida y de su muerte: *testimonio del valor para Dios de los últimos de este mundo, de los más pobres, de los que no contaban para nada en vida y seguramente no fueron contadas sus muertes*. «*El que nos ha traído tampoco nos abandonará. Él sabe sacar siempre de un gran mal un provecho mayor*» (María Olimpia, 37 años). Si mártir es aquel que sin ninguna otra arma responde con su vida de la vida de otros, este título corresponde a nuestras hermanas. Fueron testigos que hablaron con palabras de vida y estuvieron prestas a rubricarlas con letras de sangre. *Se quedaron como bandera de paz, como bandera de amor, como bandera entre los adversarios*. Sólo querían vivir.

Mujeres de una gran fuerza interior, forjadas en la oración, reforzadas en el mutuo testimonio del amor fraterno, vivido dentro y fuera con un punto de mira común: el Evangelio. Capaces de un diálogo profundo tan hondo que cada una apostaba en él literalmente su propia vida. A la luz de lo que para ellas significaba el seguimiento de Cristo, su discernimiento concluyó con la decisión de permanecer. Ese era el “*camino de Dios*” y efectivamente se encontraron en Él. Nos queda seguir “*cultivando su campo*” y es un mensaje para nosotras, las misioneras dominicas y la iglesia de hoy y de mañana: *hay que buscar siempre el camino de Dios y éste indefectiblemente pasa por el hermano, por el más pobre, por el más empobrecido*.

